

## Al margen del problema de la cultura

---

Todas las civilizaciones concurren á la obra de la cultura humana, como los vértices ascendentes de la pirámide al punto inmaterial de su cúspide. La cultura es nuestro amor más hondo y nuestra más salvadora esperanza: ella encierra en sí el tesoro de espiritualidad, de ciencia, de moral y de conquistas superiores de la estirpe al través de los miles de años; ningún pueblo de la tierra puede aislarse para cultivarla; todos los hombres que han escalado la altura máxima de su pensamiento se nutren de las corrientes del mundo, como las altas torres por cuyas cimas de acero circulan los fluidos universales. La civilización es un fruto de la aspiración mundial, no de una nación; su árbol genealógico es tan vasto, como las fuentes mismas de los pueblos en los que se ha elaborado. Así los ciclos de las civilizaciones abolidas se rozan con *ésta* que vemos desarrollarse y cuyo alcance futuro escapa á nuestros cálculos; puesto que la enseñanza que nos dan de la antigüedad asiática los poderosos estudios modernos, no tienen una aplicación eficiente. Horizontes completamente imprevistos se han abierto ante el hombre. Grecia, Roma, el Renacimiento, la Reforma, la Edad Contemporánea, son simples etapas. La planta de Galileo, no más, con su golpe afirmativo, ha hecho rodar deshechos, monumentos de ciencias; sería ocioso repetir razones como la del norteamericano Fiske, de cómo no ha dado en tierra con el catolicismo, ya que el cristianismo es otra cosa...

Una nación que surge de una barbarie más ó menos civilizada, necesita mucho y largo cultivo para soportar las raíces de ese árbol milenario, tiene que vivir cediendo á la ley histórica, el desarrollo mental del mundo. Ofrecerle su savia y su vigor, para su desarrollo biológico, ya que, lo que no se transforma no vive. Entonces en una madurez sustanciosa de profundidad de espíritu, esa nación adquiere su individualidad, tiene lo que Carlyle llama *una voz*, una gran mentalidad que reasuma las múltiples modalidades, en el bronce perdurable de la obra genial.

De allí el peligro en los pueblos jóvenes como el nuestro, que no han tenido tiempo ni espacio para desarrollar la vida intensa de su personalidad, frente al avance incontrarrestable de la simulación, del

espíritu de imitación que va á la forma, no a la esencia. Indispensable, si se quiere adquirir verdadera cultura en la vida interior, ella es la que nos pone en comunicación con la naturaleza y nos abre el inmenso horizonte del espíritu; esa vida suprema, en la que nuestras ideas se desenvuelven, se fortalecen, predominan ó ceden su lugar á otras; esa vida germinativa y fructífera, es la que forma las capacidades superiores que se sienten arraigadas á la historia, compenetradas con los tesoros de la belleza del Universo que Renán lamentaba no poder contemplarlos, á todos, á causa de lo corto de nuestra vida. Esos son los que defienden la tradición sus excelcitudes y aman el futuro que se asienta en bases sólidas y serenas. Ellos son dueños del mundo porque están llenos de su espíritu porque, como decía el filósofo innovador, son dueños de su voluntad; son la salvaguardia indestructible de toda conquista suprema, amenazada eternamente por la simulación moderna, por el egoísmo y la individualidad disolvente. La mediocridad triunfadora de hoy, no nos produce ya los Alcibiades brillantes, sino el sabiohondo canija, desmirriado y doctoral, que degenera en polilla de archivos, y en quien el gesto del orgullo libresco relampaguea de suficiencia bajo los ceros habituales de sus lentes; el intelectual a medias que hace de la ciencia, cuyos rudimentos ha desmigajado, un buen mostrador de comercio y que es el primero en hacerse alto de hombros, para desprestigiar con alarde ilógico el silencio lleno de nobleza del sabio y pensador de veras, cuyo espíritu se siente mordido de dolor como el bronce noble por un óxido enérgico.

Si la vida es seria, como dijo el filósofo, ninguna obra de más trascendencia, que la que encauza, entre riberas amplias, la educación colectiva, en su misión histórica, nacional y universal; y aunque ningún estudioso al mirar el panorama complejo de las creencias científicas del día, de los miles de doctrinas que á fin de abrirse paso se aguzan de paradoja, puede dejar de sentir un inenarrable asombro; si estamos completamente desorientados y aun no sabemos ni el fin de la civilización ni nuestro lugar respecto á ella: la nobleza de la intención, lo alto del anhelo, la calidad de oro puro del bagaje intelectual y ético, lo hondo del removimiento de la conciencia a fin de que trascienda al futuro en herencia perdurable, necesariamente cimentizan construcciones seculares, aptas para la Justicia, tendientes al soñado ideal de los grandes pueblos.

Aunque sea trivial el símil, no puede dejarse de comparar el arte y la ciencia con un lugar sagrado dentro del cual nadie que no sea llevado por un amor desinteresado, puede sentir revelársele el espíritu de la verdad en su más augusta grandeza; no se puede formar legiones de sabios como quien moldea madera de estatua, sin darles primero la profesión que Guyau reclamaba, la universal de ser hombre, en su valor magnífico; la verdadera ciencia no puede ser alcanzada por quien no sabe enamorarse de ella, penetrarse de su profundidad, luchar con abnegación por sus conquistas. El culto del valor, bajo todo punto de vista es indispensable; el valor de ple-garse á la verdad aun cuando en su contra esté el interés particular, el valor heroico de la acción, de la afirmación, de las convicciones.

Así se fortalecería á la juventud de las democracias de cuyas veleidades nos dió un ejemplo ilustre, Atenas.

Sin una alta moralidad, Kant no admitía la cultura y creía que alcanzarla fuera el solo fin de la naturaleza del hombre. Fichte, su discípulo, llega aún más allá en su *Idealismo trascendental*, ya que esta entidad filosófica encierra en sí todos los valores humanos, intelectuales y morales. La educación literaria, es de una importancia inapreciable: Homero ha sido el maestro más grande de todas las generaciones de hombres, funda una civilización artística del mundo, que ha infundido con la unción ética de Jesús, aliento y vida al dinamismo moderno, porque como se ha repetido, lo único inmortal es el espíritu, y, por esa imponderable fuerza ideal, es por la que la humanidad lucha y acepta antes de claudicar, hasta el sacrificio de su propia vida.

Las cimas intelectuales del mundo, dentro del concepto kantiano de cultura, pueden decir con Walt Whitman, que sufren y se fortalecen y luchan hasta «que saturemos de nosotros el tiempo y las edades á fin de que los hombres y las mujeres de las futuras razas se sientan y se confiesen hermanos y amigos como nosotros lo somos». (1) Así podrán, como San Agustín, aunque en distinta forma, morir, consolados, viendo en su crepúsculo erigirse mentalidades gloriosas que continúen al través del tiempo la labor infinita, en esta ascensión sin término, á la región de la sabuduría inmanente, en donde el ensueño filosófico de la India confundía el espíritu del hombre con el del Universo vivo.

A. MARASSO ROCCA.

(1) En el ambiente de la Universidad Nacional de La Plata, flota esta idea; la ciencia y el arte, traerán consigo la unión de los hombres de la tierra, por la aspiración á un ideal común; la *paz por la ciencia*, ha sido el tema de un discurso, de lógica optimista, en la colación de grados, del presidente de la misma.